

## Hay muchos muertos

Mario López Ledezma  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad Autónoma de Chihuahua  
zero.mario.lopez@gmail.com

Hacía calor. Llevaba todo el día trabajando. El sudor me tenía todo empapado; las gotas me caían de la frente y ya no me dejaban ver bien. El sol lo cubría todo. No había ni sombra, ni nubes. El cielo no era azul, parecía más bien un gris deslavado. Los perros ya no podían ladrar del calor que hacía; nomás jadeaban con la boca abierta y la lengua de fuera. Cualquiera otro día les hubiera escurrido la baba por el hocico, pero el sol ya los tenía todos secos. Yo estaba igual, pero tenía que trabajar. El panteón estaba repleto de muertos, nuevos y viejos. Las almas y los demonios usualmente andaban pululando las calles. Nomás aquel día no se les veía merodeando ni se les escuchaba quejarse. Tal vez tenían calor. De seguro ni en el infierno hacía tanto calor como aquel día. Pero yo tenía que trabajar.

“No me entierre, todavía tengo un pie fuera de la tumba. Ya mañana me recupero y le dejo de estorbar, se lo juro. Por favor no me entierre”. Así me decía Don Tadeo. Todos lo querían mucho, decían que curaba de todo, aun cuando no era doctor. Quién sabe qué le daba a los enfermitos, a esos que no podían respirar. Lo malo es que ahora ya no le podía dar nada a nadie; el pobre no se había dado cuenta de que llevaba una semana de fallecido. Los bichos ya se lo habían empezado a comer. Yo lo quería enterrar desde antes, pa’ que no quedara en ese estado; se lo merecía, era buena gente. Pero estaba lleno de difuntos y yo solo no daba abasto. “No se preocupe Don Tadeo” le dije, “yo lo espero hasta mañana, a ver como amanece”. ¿Qué más le podía decir? De todos modos, no lo iba a poder enterrar ese día; había muchos muertos.

Así pues, le estaba diciendo a uste’, aquel día yo estaba cavando zanjas, con tres o cuatro muertitos por hoyo. Ni se imagina la de cadáveres que tenía que enterrar, yo solito aparte; nomás así alcanzaba a hacer algo, empalmando los cuerpos sin vida, uno encima de otro, sino se quedaban todos ahí en la bodega.

Pero bueno, le decía que hacía mucho calor y yo nomás cavando. Metía la pala, la empujaba con el pie y sacaba la tierra, con la mente en blanco. Ni energías me quedaban pa’ pensar en algo. Pero entre más tierra sacaba, más tierra tenía que palear; nomás no se acababa.

Ya se me hacía que de tanto cavar terminaría llegando al infierno, ahí donde no era tan caluroso como acá. De seguro también ha de haber menos almas en pena por allá. ¿Cómo no? Si todos los malos y fallecidos andaban aquí arriba ¿Cómo iban a estar allá abajo?

¿Qué dice usted? ¿Qué si como sabía dónde están los malos? Pues porque los estaba viendo, aquí arriba, entre las monjas y al lado de los políticos. Así los terminé acomodando en la bodega porque me hacía gracia. Con todo el trabajo que tenía que hacer yo solo, este tipo de bromas eran el único modo de entretenerse. Pero tiene razón, no debería andar diciendo esas cosas, yo no sé cómo se ven los malos, mucho menos cómo distinguirlos de los buenos. Todos están igual de pálidos y feos. Pero ni crea que uno nomás anda de grosero porque sí, también a los muertitos les hacía gracia.

En fin, después de enterrar a unos miles de finados, uno ya no puede ni distinguirlos unos de los otros; todos estaban igual de tiesos y descoloridos. A unos se los comían gusanos de seda y, a otros, larvas de estiércol. Pa' todo hay niveles por acá, hasta pa' morirse. Pero eso sí, lo rígido no se los quitaba nadie.

Estaba feo, tuve que enterrar a la mitad de mi familia. No sabía si los de la otra mitad estaban muertos o vivos. Lo bueno es que ya no importa distinguir a los unos de los otros; todos estamos igual de jodidos. Le decía pues, a mi madrecita yo mismo la enterré, allá junto a la reja amarilla de por allá. No, espere. No es cierto. Yo ni hice hoyos por allá. Si, ya me acordé. Ahí no la enterré, la enterré al otro lado, en la tumba esa con el madero caído. ¿O me estaré confundiendo? Ya ni sé dónde quedó la pobre. Nomás estoy seguro de que quedó tres metros bajo tierra, pero no sé en qué cachito de tierra. Toda la tierra aquí está igual de seca y en todos lados hay restos de personas.

Pero volviendo al tema, le contaba que ahí estaba yo, cavando y sudando bajo el sol, llenando las zanjas de cuerpos. Ya hasta mis callos tenían callos, pero ya no sentía el dolor ni me salía sangre; también estaba seco, igual que los perros y esta tierra puerca.

¿Cómo dice? ¿Qué si acabé de enterrar a los muertos? No sea cínico, claro que no. Al final me caí en una zanja a medio llenar; el sudor no me dejaba ver. Y pues aquí me tiene, le digo que de tres a cuatro cadáveres por hoyo; aquí todavía caben otros dos si nos acomodamos. Mire a ese de allá, es el nuevo. Así me veía yo cuando empecé, todo espantado y confundido.

Pero no se preocupe, al rato se acostumbra; a todo se termina acostumbrando uno. Aunque no me haga mucho caso, yo no sé nada; yo nomas sabía cavar, y eso era lo que estaba haciendo. Hacía mucho calor, había un montón de finados y ahí estaba yo, enterrándolos a todos ¡Ah, pero como había muertos!